

del Hospicio. Condecoró Maximiliano á varios individuos con la cruz de la Orden de Guadalupe y la Emperatriz nombró damas de palacio á las Señoras Osío de Pardo y Almendaro de Velasco; y dando por terminada su residencia en aquella ciudad, salieron para Cholula el día 8 del mismo mes de Junio, después de haber visitado las fábricas llamadas del Patriotismo y la Constancia.

A la cordial acogida que los Emperadores tuvieron en Puebla, á los repetidos testimonios de afecto que recibieron durante algunos días, dió las gracias la Princesa Carlota por intermedio del prefecto municipal en una carta fechada el 7 de Junio, en la que decía: «que le era muy grato pasar en Puebla el primer aniversario de su nacimiento lejos de su antigua Patria, día lleno de recuerdos que le serían dolorosos si no fuera porque las atenciones y las pruebas de simpatía de que era objeto, le recordaban que estaba en su nueva Patria, entre los suyos. Rodeada de amigos y acompañada de su esposo, no tenía tiempo de entristecerse, solamente daba gracias á Dios que la había conducido hasta allí, y le dirigía ardientes votos por la dicha de un país que era el suyo. Hacía tiempo que estaba unida á los mexicanos por simpatía; pero ahora lo estaba por los lazos más poderosos y dulces: los de la gratitud.»

Queriendo que los pobres participaran del sumo placer que ella sentía, envió al prefecto siete mil pesos de su tesoro privado, para que se emplearan en la restauración del Hospicio, cuyo estado de ruina entristecía, y para que pudieran volver á habitarlo los desgraciados que estaban privados de abrigo.

Al medio día se puso en marcha la imperial comitiva; en el momento en que salían de la ciudad se oyó el estruendo de la artillería y el imponente toque de rogación en todas las iglesias.

Acompañaban á los monarcas el general Brincourt, los prefectos, el Ayuntamiento y otras muchas personas; el carruaje que los conducía se deslizó sobre una alfombra de flores hasta el Paseo Nuevo. Entre Puebla y Cholula, primera población que proclamó el Imperio, se contaban más de quinientos arcos en la distancia de cerca de dos leguas; de tramo en tramo aparecían comparsas de indígenas con tambores y chirimías, y tocaban hasta ser reemplazadas por nuevas comparsas que ofrecían ramilletes de flores; de manera que iba la comitiva entre sonatas, cohetes, detonaciones de cámaras y vivas que no cesaron en todo el camino. En la iglesia de San Pedro, á corta distancia de la plaza, se cantó el *Te Deum* y después se dirigieron los Emperadores bajo un fuerte aguacero á la plaza, donde los recibió el Ayuntamiento. En la noche estuvieron en el banquete oficial seis alcaldes indígenas y el cura párroco. El siguiente día á las diez emprendieron la marcha para Huejotzingo y San Martín, teniendo que responder á centenares de discursos basados en un mismo tema. El día 10 continuaron para Río Frío, siempre entre arcos y cohetes, refrescos, y repiques. Los monarcas subieron el monte á caballo. Ese día llegó la comitiva á la hacienda de Zoquiapam y allí pasaron la noche.

Véamos lo que pasaba en la capital desde el día 29 de Mayo, que habían des-

embarcado en Veracruz los Emperadores. En ese día se formó un víctor que recorrió las calles por la tarde y por la noche, con hachas de cera y músicas, dando muestras de ardiente entusiasmo. A las cuatro de la tarde hubo en Catedral repique á vuelo que duró cerca de dos horas, habiendo invadido la multitud las torres. El ministro de Francia, Mr. de Montholon, los generales Curtois d'Hurbal y Neigre secundaron desde sus balcones las manifestaciones del víctor é hizo otro tanto el Arzobispo de México.

Los preparativos que se habían hecho para recibir á los Emperadores eran suntuosos, los imperialistas estaban poseídos de una especie de delirio á la vista de acontecimientos que algunos años antes se habían creído una quimera; la capital estaba llena de forasteros que acudían á presenciar aquellas fiestas tan renombradas, preparadas desde el mes de Abril por las comisiones designadas, que habían iniciado trabajos de consideración conforme al programa publicado. En la hacienda de la Teja se emprendieron preparativos para el alojamiento de la comitiva, y las calles señaladas, á última hora, para el tránsito, estaban adornadas y tenían arcos triunfales; en los puntos correspondientes se levantaron galerías con asientos en gradas y palcos, para que los ocuparan las personas que concurrieran á presenciar la entrada de los Emperadores. Estos, después de cambiar itinerarios, siguieron su viaje desde Ayotla pasando entre los dos lagos y por los llanos de Aragón hasta llegar á la villa de Guadalupe.

Para acordar el programa de la entrada á México, se tuvo en consideración el deseo que manifestó la Emperatriz de llegar por el Santuario de la Virgen de Guadalupe, que el pueblo mexicano venera como aparecida milagrosamente el año de 1531. Así se arregló, y cuando la princesa esperaba pasar algunas horas en el recogimiento, se encontró con que la multitud se lo impedía; más de doscientos coches descubiertos ocupados por damas mexicanas, elegantemente vestidas, se presentaron á su vista, y una gran caravana de cerca de quinientos ginetes, con traje negro y guante blanco; todos, en presencia de los Soberanos, se apearon de sus cabalgaduras.

Quedó dispuesto que el domingo 12 fuera cerrado el comercio y se dictaron otras disposiciones de policía para evitar desórdenes. El ministro de Francia, marqués de Montholon, fué invitado por Maximiliano para conferenciar en la villa de Guadalupe, adonde también se presentaron los obispos residentes en México á la sazón. Gran número de carruajes abiertos que conducían señoras, y multitud de gente á pie y á caballo, llevando banderas tricolores, invadieron la villa de Guadalupe y llanos de Aragón para recibir á los monarcas, habiendo sido la Alameda y estación del ferrocarril, los puntos de cita el día 11 de Junio de 1864, víspera de la entrada de los monarcas á la capital. En los llanos de Aragón se formaron los carruajes en dos alas, y en el centro se colocó la carroza del gobierno tirada por cuatro soberbios frisonos, destinada para los Emperadores. Una comisión de ginetes se adelantó, presidida por D. Felipe N. del Barrio, para anunciarles que la ciudad de México, representada por todas las personas

que allí se encontraban, esperaba á los monarcas en el llano de Aragón, y les pedían que tomaran posesión de la calesa que les estaba preparada, la cual avanzó y ocuparon los príncipes, que fueron entusiastamente victoreados, contestando Maximiliano, de pie dentro del carruaje, acompasando sus movimientos con el sombrero que sostenía en la mano. En seguida, el Sr. D. Luis G. Cuevas le entregó el voto de gracias que los habitantes de la capital le dirigían, por haber aceptado el trono, documento que iba dentro de elegante cubierta de carey, y llevaba en un lado incrustadas las armas imperiales y en el otro la dedicatoria. También una comisión de tres señoras presentó á la Emperatriz el voto de gracias de las mexicanas; en ambos casos se dijeron alocuciones, contestando Maximiliano en términos oportunos y benévolos. Estando los monarcas al rayo del sol, pidió el Sr. Cuevas á la concurrencia, que abriese paso para que siguiesen su marcha á la villa de Guadalupe, engalanada con varios arcos y cortinas; allí formaron valla tropas francesas y mexicanas hasta la Colegiata. A las dos de la tarde, el estampido del cañón y el repique á vuelo, anunciaron la aproximación de la comitiva imperial, recibida bajo el arco inmediato al paradero del camino de fierro, por las autoridades de la villa, los prefectos y Ayuntamiento de México; los Emperadores fueron llevados bajo palio por los arzobispos de México y Michoacán, el obispo de Oaxaca, el abad y cabildo de la Colegiata, siguiendo todos á pie, rodeados de mucha gente. En el templo, esmeradamente adornado, ocuparon el trono levantado en el presbiterio, y el Sr. Labastida entonó el *Domine salvum fac Imperatorem*.

En seguida se abrió la sala en que los canónigos celebran sus capítulos, y se presentaron para saludar á las Majestades, el general Bazaine, el ministro de Francia Mr. de Montholon, el general Neigre, comandante superior de la capital, el Arzobispo, el Consejo municipal, el clero y otras corporaciones. El prefecto político Sr. Villar y Bocanegra arengó al Emperador, que conmovido, pronunció estas palabras interrumpidas por los aplausos: «Estoy vivamente emocionado por la entusiasta acogida de que he sido objeto en todas las poblaciones por donde he pasado; mi emoción y gratitud crecen aún, cuando al aproximarme á las puertas de la capital, encuentro á sus principales autoridades que me felicitan en un lugar tan respetado y querido para mí y para la Emperatriz, como lo es para todos los mexicanos.»

El día 12 salieron de la villa á las ocho de la mañana y ya en la capital, en la estación del camino de fierro, recibió Maximiliano las llaves de la ciudad y se dirigió la comitiva por el Puente de la Mariscalá, Vergara y Plateros hasta la Catedral allí se cantó el *Te Deum*, saliendo después para Palacio donde, al entrar fué izado el pabellón mexicano; y terminadas las felicitaciones se disolvió la comitiva.

Esta se formó desde la villa de Guadalupe y venía compuesta de la manera siguiente: descubierta de caballería mexicana, el Ayuntamiento, los prefectos, el consejero barón de Schertzenlechner, el doctor Semeleder y el secretario Iglesias; las damas de Palacio, el ministro de Estado D. Joaquín Velazquez de

León, el general Almonte y su señora; tres oficiales de órdenes; los Emperadores; seguíanles los generales Bazaine, Woll y Salas; el conde de Bombelles, el general Neigre, varios generales mexicanos, el Estado Mayor, una sección de caballería mexicana y las tropas en columna. Los balcones de las calles de Plateros, Vergara y San Andrés, fueron alquilados á precios fabulosos, por la multitud de personas que deseaban presenciar la entrada de los monarcas.

Habían trascurrido exactamente once meses desde la promulgación solemne del decreto de la Asamblea de Notables proclamando el Imperio y al Emperador, cuando éste entraba por las calles de la capital, suceso que antes pareció un imposible, una quimera ó un sueño. Después de haber oído misa en el Santuario de la Villa, se instaló la comitiva imperial en el tren del ferrocarril y se dirigió á México, cuyos edificios públicos estaban elegantemente adornados, ostentando en muchos de ellos los retratos al óleo de Maximiliano y Carlota Amalia, y por las calles señaladas para el tránsito flotaban banderolas, cintas y colgaduras. En la primera calle de Plateros se elevaba un arco suntuoso, de orden romano, dedicado al Emperador, cuya estatua coronaba el monumento, teniendo á su derecha la Equidad y á la izquierda la Justicia; allí se veían artísticamente colocados algunos dísticos compuestos por D. Niceto de Zamacois. Otro arco rústico aparecía en la segunda calle de Plateros, levantado en nombre de los potosinos que ahí juraban fidelidad eterna á los Emperadores. Frente al teatro de la calle de Vergara se levantó una glorieta con esta inscripción: «Departamento de Guanajuato;» en cada una de las cuatro columnas que la sostenían, estaba escrita una octava. Fué construido otro arco á la entrada de la calle de San Andrés, y allí se leía: «Zacatecas, á SS. MM.,» y un poco adelante se destacaba el «Arco de las Flores,» de orden gótico, con dísticos del poeta D. Sebastián Segura, dedicados á la Emperatriz Carlota. El arco de la Paz, en la esquina de la Mariscalá, estaba decorado con los bustos de Napoleón III y de la Emperatriz Eugenia, Maximiliano y Carlota, todos de medio relieve; además, se veían alegorías de las artes, el comercio, la industria y la agricultura; en el cornisamento aparecían los nombres de los principales sostenedores del Imperio y la Intervención. En el Puente del Espíritu Santo se elevaba un arco costado por los vecinos de Tlaxcala.

He aquí algunos de los versos inscritos en los arcos:

El Soberano la Nación dirige,  
La ley gobierna, la justicia rige.

Por base el trono la justicia tiene  
Y en la equidad y el orden se sostiene.  
(Niceto de Zamacois).

De México ¡oh Carlota! los vergeles  
Os brindan palmas, rosas y laureles.

Como el iris que brilla en la tormenta,  
En México Carlota se presenta.  
(Sebastián Segura).

A PIO IX.

Al inmortal Pontífice Pío nono  
Que al Príncipe bendice y salva el trono.

A NAPOLEON III.

Tú eres el genio que en la patria mía  
Como el sol brillas este hermoso día.

A EUGENIA EMPERATRIZ.

Tú eres la grande amiga y la primera  
Que fué del nuevo Imperio mensajera.

Poco antes de las diez de la mañana, se escucharon ciento un cañonazos, repiques á vuelo en todos los campanarios de la ciudad y el ruido de los cohetes, anunciando que el tren imperial había llegado á la estación del ferrocarril, donde el Ayuntamiento recibió á los Emperadores y les entregó las llaves de la ciudad el prefecto D. Miguel M. Azcárate. Allí tendió Maximiliano la diestra al general Mejía; pero encabritado el caballo una y otra vez, impidió al general acercarse.

Habiendo montado los Emperadores en magnífica carretela tirada por seis caballos, se colocaron al lado derecho los generales Bazaine y Woll y al izquierdo el general Salas; la comitiva se dirigió á la Catedral, precediéndola en lujosas carretelas el Ayuntamiento, los dos prefectos, el conde de Zichy, la princesa de Metternich y la condesa de Kollonitz, el general Almonte y el Estado Mayor á caballo. Sobre la carroza de los Emperadores caía una lluvia de versos y flores arrojados de las azoteas y balcones, y sin cesar atronaban el aire los vivas á los monarcas que saludaban á la multitud; cerraba la marcha un cuerpo de policía á caballo y otro á pie, la artillería imperial francesa y grupos del pueblo con músicas y banderas en las que se leía: «Loor eterno á los Soberanos de México.» Frente al Colegio de Minería les entregó un niño una composición poética. Al llegar al arco de la Paz, los niños del Hospicio de Pobres cantaron un himno ensayado para esa ocasión. En la tercera calle de San Francisco, el Club alemán, saludó á Sus Magestades en el idioma nativo y en el atrio de la Profesa la comisión de Michoacán los obsequió con un himno, cuya letra perteneció al joven Tirso R. Córdoba. En el atrio de la Catedral los recibieron, el Arzobispo

*En el arco de las Flores:*

Leve el vapor y el viento sosegado,  
Tranquila calma las tormentas doma,  
Que ya el «Novara» en el Oriente asoma  
Y de esperanza y paz viene cargado.

Por Aguilas potentes escoltado  
Firmeza el ancla entre peñascos toma,  
Y el ángel que nos trae, por el aroma  
Que embalsama la brisa es anunciado.

Al estallido del cañón sonoro  
Corre en tropel la gente mexicana,  
Que deslumbrada con los rizos de oro

De una beldad bajo la forma humana,  
Grita de gozo: «Ella es, nuestro tesoro,  
Es Carlota, la augusta Soberana.»

*En la glorieta levantada por el «Departamento de Guanajuato»:*

Ricas galas ostenta Natura,  
Nuevas flores adornan el suelo,  
Muchos iris se ven en el cielo  
Que saludan tan justa ovación.

Cuadro tierno de unión y hermosura  
Que revela de Dios la existencia,  
¡Cómo brilla su augusta clemencia!  
En el trono que da á la Nación!

Ataviado de espléndidos colores,  
Radiante asoma el sol, en luz fecundo,  
Y vida cobra el anchuroso mundo  
Al sentir sus benéficos fulgores.

El monte, el prado, las fragantes flores,  
El matizado valle, el mar profundo,  
Al descubrir al astro rutilante,  
En coro elevan místicos loores.

Así hoy, un sol de celestial consuelo,  
En este Imperio aparecer se nota  
Vertiendo dicha y ahuyentando el duelo;

Al verlo, en el alma el entusiasmo brota  
Y el pueblo exclama con ardiente anhelo:  
«Salve á la augusta Emperatriz Carlota.»

*En la puerta de la Catedral:*

De la más pura y plácida alegría  
Animado el Cabildo mexicano,  
A este templo introduce en este día  
Al grande Emperador Maximiliano.

De virtudes altísimo modelo,  
Entra á este templo en actitud devota  
Para elevar su corazón al cielo,  
La muy ilustre Emperatriz Carlota.



*Carlos Schaffer*

Teniente coronel de la Guardia Palatina.